



Le Tomamos la Palabra, Mr. Wilson

El Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, ha sostenido en su mensaje al Congreso Americano, los siguientes postulados:

“Que el precio de la paz entre los pueblos, es la justicia y la imparcialidad.

“La Justicia que deberá hacerse en todas partes y para todas las naciones.

“Que ninguna nación o pueblo debe ser robado o perseguido.

“Que debe existir esta fórmula: No anexiones, no contribuciones, ni indemnizaciones punitivas.

“Que todas las naciones del globo tienen derecho no solamente al libre tránsito por los mares, sino a su acceso a ellos sin ser molestadas en lo más mínimo.

“Que pelean los Estados Unidos porque en lo sucesivo, en el mundo, no haya ninguna amenaza hacia la existencia o la independencia de alguna nación.

“Que el resultado final de la guerra debe ser el triunfo de la legalidad.

“Que la hora suprema en la historia del mundo ha sonado y los ojos del pueblo están ya muy abiertos y ya ven.”

Y nosotros, que hemos tenido siempre la viril franqueza de nuestras convicciones, aplaudimos sin reservas los elevados y humanitarios conceptos del Presidente americano, que a despecho de toda Europa no quiso escribir a Huerta como lo hiciera Guillermo II, diciéndole: "mi grande y buen amigo"; oímos de nuevo con regocijo la palabra de aquel profesor de Princeton que, asediado por los millonarios de Wall Street y urgido por los grandes especuladores cosmopolitas a que interviniera en México, respondió que su misión en la presidencia de aquel gran pueblo, no era la de convertirse en un instrumento de la autocracia del dinero: que estaba allí para servir a los ideales de la humanidad.

Encontramos otra vez al Wilson demócrata, de la paz de los libros, de la paz de las ideas, de la paz en las acciones, el mismo hoy, cuando Tío Sam, armado de todas armas, compromete su riqueza acumulada en décadas fecundas, sus enormes millonadas, producto de abejuna y constante labor; cuando la juventud americana es separada de talleres y fábricas para morir en las trincheras; cuando la ira, el odio, la brutalidad de la guerra, podían pesar sobre su cerebro y entorpecer su lengua.

Si alguna ocasión fue solemne de plena solemnidad para la tierra del severo Guillermo Penn, del austero Jorge Washington y del idealista Abraham Lincoln, es esta azarosa época que tocó en suerte a Woodrow Wilson.

Nosotros, vecinos del coloso; por débiles aquí y fuertes allá; por pobres nosotros y ricos ellos, sentimos y seguiremos sintiendo luengos años, la desconfianza y el temor, el recelo y la duda, y cuando podemos, como

ahora, recoger la autorizada promesa, el místico juramento hecho "bajo la mano de Dios que descansa sobre todas las naciones de la tierra," y cuando su autor representa al pueblo americano y confía en que en esta obra "lo iluminará y ayudará el Hacedor Supremo," nosotros le tomamos la palabra; nosotros escribimos los conceptos del Presidente Wilson sobre una tabla de honor y bajo un índice de fuego que ha de brillar eternamente ante las próximas generaciones.

Y aparte de las condensaciones ya hechas, cuántos hermosos conceptos en aquel documento tan lírico como político.

Hablen así; pero obren de igual manera los grandes de la tierra, que ante la Justicia como única idealidad y el Derecho de todos a vivir como suprema aspiración colectiva; la absurda preponderancia de la fuerza avasallándolo todo, tendrá su crepúsculo definitivo.

Hablen así; pero obren consecuentes con su dicho, los que representan en una sola voz la de cien millones de seres; y el reinado de la Injusticia y las victorias del Crimen, serán imposibles en las épocas venideras.

Hablen así; pero obren imperturbablemente los que pueden poner el Bien en acción, consuelo de los débiles y enérgico moderador de los poderosos.

Nosotros, como mexicanos demócratas, recibimos una gran satisfacción con la lectura del mensaje de Wilson, y desde las columnas de nuestra humilde hoja, decimos al gran prócer: le tomamos la palabra, Mister Wilson.